

PRUEBAS INTERNAS DE LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

Hugo McCord

A lo largo de los siglos, las mentes lúcidas han percibido dos gigantescos pilares que dan sustento a la fe en la Biblia: Las pruebas que se encuentran fuera de ella, tal como el descubrimiento del conducto de Ezequías;¹ y las pruebas que se encuentran dentro de la Biblia misma, que indican su origen divino. Esta lección se limita a las pruebas internas: 1) las características bíblicas generales que indican una autoría celestial, 2) el impacto de antiguas profecías acerca de un Mesías que venía, 3) la clase de persona que fue Jesús, y 4) el efecto que la Biblia ha tenido en el pensamiento de los incrédulos.

«¡SOLO HAY UNO!»

Cuando Sir Walter Scott, el poeta y novelista escocés, estaba en su lecho de muerte, en una habitación en la que había veinte mil libros, le sorprendió que un amigo le preguntara cuál libro le gustaría que le leyera. «¿Por qué preguntas? ¡Solo hay uno!», contestó el escritor.²

La Biblia tiene varias características únicas que indican una autoría celestial: Una llamativa cualidad de la Biblia es una asombrosa unidad en medio de la diversidad. No hay otro libro que se asemeje a la Biblia en la forma como combina la sencillez y la profundidad. La Palabra de Dios se presenta con imparcialidad, brevedad y moderación incomparables. Es el único libro perfecto, que no necesita actualización ni revisión.

Muchos libros son obras maestras de excelencia literaria; sin embargo, cuando se describen los mejores, «solo hay uno». La Palabra de Dios se eleva por encima de cualquier otra obra antigua. Son relativamente pocas las obras antiguas que han sobrevivido hasta nuestros días; a pesar de esto, de las Sagradas Escrituras tenemos muchas copias.

Cada una de las anteriores cualidades de la

Biblia serán comentadas con detenimiento en la lección «Características de la Biblia».

«¿CREES [...] A LOS PROFETAS?»

Aparentemente, Pablo sabía que estaba delante de un rey que tomaba en serio el Antiguo Testamento, cuando exclamó: «¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees» (Hechos 26.27). Cuánto había estudiado el rey Agripa las profecías veterotestamentarias acerca del Mesías que venía, es algo que no sabemos; sin embargo, él mismo era en parte judío.³ Quienquiera, judío o gentil, que lea el Antiguo Testamento —que fue escrito mucho tiempo antes de la venida de Jesús— no puede evitar el creer en los profetas, cuando ve cuán claramente profetizaron estos la venida del Mesías.

El propósito primordial de la profecía era dar testimonio acerca de Jesús (Apocalipsis 19.10c). De Él dieron testimonio los profetas (Hechos 10.43). La simiente de la mujer heriría la cabeza de Satanás (Génesis 3.15; Gálatas 4.4; Hebreos 2.12–14). Él sería simiente de Abraham (Génesis 18.18; Gálatas 3.16), de la tribu de Judá (Génesis 49.10), de la familia de David (Salmos 89.3–4). Nacería de una virgen (Isaías 7.14), en Belén (Miqueas 5.2). Un precursor prepararía Su camino (Isaías 40.3). Su ministerio en Galilea fue profetizado (Isaías 9.1–2). Su sabiduría sobrehumana (Isaías 11.1–3) y Sus poderosas obras fueron descritas (Isaías 35.5). También se profetizó Su celo por la casa de Su Padre, celo que le consumiría (Salmos 69.9; Juan 2.16–17).

Que había de ser varón de dolores, experimentado en quebranto, que llevaría las iniquidades de los demás, fueron hechos sorprendentes que se indicaron en años que precedieron (Isaías 53.3, 11). Se le haría blanco de azotes, pero no opondría resistencia (Isaías 53.5, 7). Sería desechado (Isaías 53.3), y de Sus discípulos se profetizó que serían

cobardes (Zacarías 13.7). Uno de ellos había de traicionarlo (Salmos 41.9) por treinta piezas de plata (Zacarías 11.12). Mucho antes de que el soborno se pagara, el uso que se daría al dinero fue profetizado (Zacarías 11.13). También fueron hechos profetizados que le escupirían en Su rostro (Isaías 50.6) y que lo pondrían en medio de delincuentes (Isaías 53.12). Se le escarnecería, no solamente con palabras despreciativas (Salmos 22.7–8), sino también con vino amargo (Salmos 69.21). Sus vestidos se habían de repartir por medio de echar suertes (Salmos 22.18). Sus manos y Sus pies habían de ser horadados (Salmos 22.16c), pero no sería quebrado un solo hueso Suyo (Salmos 34.20). El crucificado oraría por Sus crucificadores (Isaías 53.12). Sería puesto dentro del sepulcro de un hombre rico (Isaías 53.9), pero Su cuerpo no vería corrupción (Salmos 16.10). Ascendería a los cielos (Salmos 45.6; 110.1–3).

Canon Liddon contó 332 profecías acerca de Cristo, en el Antiguo Testamento.⁴ Alfred Edersheim hizo una lista de 456 pasajes que se refieren a Cristo y a Su reino.⁵ ¿Cómo podrían haberse cumplido los anteriores, por casualidad, en un solo hombre? No es de extrañar que Jesús afirmara: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios» (Juan 7.17a). No puede haber excusa para la infidelidad.

La singularidad de la Biblia se observa en que ninguno de los demás libros relacionados con religión (los del islamismo, el budismo, el confucianismo, el sintoísmo y el zoroastrismo) hace el intento de predecir el futuro. La Biblia ha dado oportunidades para que se le pruebe su falsedad o verdad por medio de sus profecías —un riesgo que los demás libros de religión no se atreven a correr.

Cuando profetas autoerigidos se comparan con los profetas bíblicos, alguien sale avergonzado. Por ejemplo, el estadista británico George Canning (1770–1827) profetizó que las colonias sudamericanas se desarrollarían como los Estados Unidos. El primer ministro británico Disraeli (1804–81) profetizó que la Confederación del Sur se convertiría en una nación independiente. Robert Ingersoll (1833–99) profetizó que en diez años habría dos teatros por cada iglesia. Jerome Cardan (1501–76), un matemático italiano, profetizó el día y la hora de su propia muerte, y llegado el momento apropiado, cometió suicidio.

«TODO ÉL CODICIABLE»

Entre las mejores pruebas internas del origen no humano de la Biblia está el carácter de Jesús. Casi sin excepción, tanto creyentes como no

creyentes coinciden en su admiración de la persona de Jesús. «Todas las eras proclamarán que, entre los hijos de los hombres», escribió el filósofo incrédulo Joseph Renan (1823–92), «no nació ninguno que fuera más grande que Jesús». Jesús es el Único, la rosa de Sarón, el lirio de los valles, el señalado entre diez mil, el que es todo Él codiciable,⁶ el Verbo de Dios ¡a quien las palabras no pueden describir!

Jesús, aunque era perfecto, no era uno que se jactara de Su propia justicia. Era humilde y sencillo. Se sujetó a Sus padres terrenales. Se olvidó de Sus propias necesidades para dedicarse a la salvación de las almas y a ayudar a los necesitados —incluso a los odiados samaritanos. Aunque no buscó autoridad terrenal, fue enérgico al echar del templo a los que manifestaron falta de respeto por la naturaleza sagrada de este. El ejemplo perfecto de amor y de servicio, Jesús se negó a sí mismo por el bien de los demás. Uno no puede reconocer Su bondad sin a la vez aceptar Su Deidad.

Ningún ser humano podría imaginarse a una persona tan buena como Jesús. Si los autores de los evangelios hubieran inventado los relatos acerca de Él, entonces habrían hecho un milagro más grande que cualquiera de los atribuidos a Jesús —pues ellos, simples seres humanos, habrían creado a un individuo perfecto, y concebido un sistema perfecto de valores morales.

Un erudito señaló que los apóstoles no eran suficientemente buenos ni suficientemente grandes para inventar a Jesús. Sus ideas acerca del reino eran físicas (Marcos 10.35–45); no entendían la «levadura» de los fariseos (Mateo 16.5–12); no entendían la negación de sí mismos (Mateo 16.21–26); carecían de valor moral (Mateo 26.31–35, 51–56, 69–75); y tenían prejuicios contra otras razas (Lucas 9.51–56).

«YO NO LO CREÍA»

«Yo no lo creía», dijo la reina de Sabá a Salomón, «hasta que he venido, y mis ojos han visto [...]» (1º Reyes 10.7a; 2º Crónicas 9.6a). Asimismo, hubo muchos que fueron escépticos e incrédulos en relación con la Biblia, hasta que examinaron las pruebas a favor de Cristo. Al hacer esto, descubrieron que «la mitad» que no se les había contado era acerca del significado que Cristo puede tener en las vidas humanas.

Sir George Lyttelton (1709–73) fue educado en Eton y en Oxford, Inglaterra. Llegó a formar parte del Parlamento y ocupó altos cargos en el tesoro. Hombre de letras, su biografía fue escrita por el Dr. Samuel Johnson. Al igual que muchos hombres

de letras del siglo dieciocho, Lyttelton y su amigo Gilbert West rechazaron la religión cristiana, al ser influenciados por Henry St. John Bolingbroke, Philip Chesterfield, Alexander Pope y otros escépticos. Estando completamente convencidos de que la Biblia era un engaño, Lyttelton y West resolvieron exponer «el fraude», Jesucristo.

Lyttelton escogió para criticar, la conversión de Pablo, y West, la resurrección de Cristo. Los dos tenían grandes prejuicios al comenzar, pero sus estudios independientes y sus esfuerzos por derribar el cristianismo dieron como resultado que llegaran a ser creyentes en Dios y en Su Palabra. Se reunieron después de sus estudios, no para regocijarse por un fraude expuesto, sino para lamentarse de su anterior insensatez y para regocijarse de lo que habían descubierto.

Cada uno de ellos escribió un tratado: el de West eran «Observaciones sobre la resurrección de Cristo», y el de Lyttelton, «Observaciones sobre la conversión de San Pablo». Los hallazgos de Lyttelton fueron publicados primero en forma de carta dirigida a West. El párrafo introductorio decía: «...la conversión [de Pablo] fue en sí misma una demostración suficiente para probar que el cristianismo es una revelación divina».⁷

Lyttelton llevó a cabo una investigación acerca de la presunta conversión de Pablo.⁸ Llegó a la conclusión de que solo cuatro posibles posiciones se pueden adoptar: 1) Pablo inventó la visión que tuvo en el camino a Damasco; 2) él, al ser un entusiasta extremado, creyó erróneamente haber visto una visión; 3) los cristianos lo engañaron; ó 4) dijo la verdad.

La primera posición es desechada de inmediato. ¿Con qué propósito habría de inventar Pablo tal suceso, por qué habría de dejar que esa mentira le diera un vuelco a su vida, y después morir por ella? Los impostores tienen motivos —tal como las riquezas, el poder, la codicia o la fama— para persuadir con sus mentiras. Puesto que ningún motivo así se le puede atribuir a Pablo, la razón obliga a desechar la primera posición.

La segunda posibilidad hace de Pablo un fanático errado acerca de lo que creyó ver. No obstante, el estado mental de Pablo era totalmente contrario al de uno que vería visiones imaginarias de los cielos. Todo su ser estaba centrado en exponer a Jesús como impostor. Un entusiasta errado debe estar psicológicamente predispuesto para con su alucinación. La tendencia de Pablo era en sentido contrario. Toda su vida, en lugar de dedicarse al emocionalismo no investigativo, había sido una vida en la que imperaba la razón, la discreción y el

análisis concienzudo. Así, la segunda posición, alegó Lyttelton, también llega a ser inaceptable. En cuanto a 1^{era} Corintios 13.1–13, donde Pablo antepone la benevolencia a los milagros, Lyttelton escribió: «¿Es este el lenguaje del entusiasmo? [...] Ciertamente no es el temperamento, ni las opiniones de un hombre que es presa de delirios fanáticos, lo que se refleja en este pasaje...».⁹

En cuanto a la tercera posición, aun si los cristianos hubieran tenido entre sus ocupaciones la mentira, Pablo no les habría creído. Él estaba matando cristianos, y no les habría prestado atención. La posición tres parece, por lo tanto, muy débil.

Después de eliminar las demás posibles alternativas, Lyttelton se convenció de que Pablo realmente vio una visión milagrosa de Jesús. La verdad del relato de Pablo es la única explicación lógica para que un hombre de mente tan sólida como la de Pablo cambiara tan radicalmente de propósito, dejando de perseguir a Jesús para sacrificarse por Él.

Tan convincente fue la publicación de Lyttelton, que el Dr. Samuel Johnson hizo notar que ella fue un tratado al que los infieles jamás pudieron inventarle una respuesta. El Dr. Philip Doddridge, que llegó a ser el amigo más íntimo de Lyttelton, describió la publicación como «magistral», y dijo que era «tan perfecta en su clase como cualquiera que nuestra era haya producido».

CONCLUSIÓN

Dentro de la Biblia hay pruebas de que ella provino de Dios. Las asombrosas profecías del Antiguo Testamento y su cumplimiento en Jesucristo, junto con la perfecta vida de Jesús, indican el carácter divino de las Escrituras. Solo queda que cada ser humano acepte que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios.

¹ El conducto de Siloé fue construido por Ezequías para hacer que el agua fluyera a Jerusalén, mientras la ciudad estaba siendo atacada por los asirios. Una inscripción que se encontró en el conducto en 1880, da sustento al tiempo estimado del reinado de Ezequías (h. 716–687 a. C.). El conducto en sí confirma los eventos mencionados en 2º Reyes 20.20. (Merrill C. Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible* [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1975], s.v. "Hezekiah" («Ezequías») y "Siloam" («Siloé»).

² T. Harrison, *Three Hundred Testimonies in Favor of Religion and the Bible by Distinguished Men and Women* (*Trescientos testimonios a favor de la religión y de la Biblia por distinguidos hombres y mujeres*) (Cincinnati: Robert Clarke & Co., 1888), 340.

³ A la hermana de Agripa, Drusila, se le llama judía en Hechos 24.24.

⁴ Floyd E. Hamilton, *The Basis of the Christian Faith (El fundamento de la fe cristiana)*, 3ª ed. (New York: Harper & Brothers, 1946), 156–57.

⁵ Alfred Edersheim, *Life and Times of Jesus the Messiah (Vida y tiempos de Jesús el Mesías)* (New York: Longmans, Green, and Co., 1900) 2:710–41.

⁶ Estas frases, adaptadas de Cantares 2.1 y 5.10, 16, han sido aplicadas a Jesús en cánticos favoritos.

⁷ George Lyttelton, “Lord Lyttelton on the Conversion of St. Paul” («Lord Lyttelton escribe sobre la conversión de San Pablo»), en James D. Bales, *Saul: From Persecutor to Persecuted (Saulo: de perseguidor a perseguido)* (Shreveport, La.: Lambert Book House, 1975), 106.

⁸ Los relatos de la conversión de Pablo están en Hechos 9; 22; y 26.

⁹ Lyttelton, 129.

PRUEBAS EXTERNAS DE LA INSPIRACIÓN: LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

Hasta la fecha, el hallazgo arqueológico más importante, en relación con la Biblia, es el descubrimiento, en 1947, de los rollos del Mar Muerto. ¿Qué impacto tienen esos rollos en nuestro entendimiento de lo completos y confiables que son los libros del Antiguo Testamento? Los eruditos se han maravillado de la asombrosa coincidencia entre el texto del libro de Isaías en que se basó la King James Version (el texto Masorético de cerca del siglo noveno d. C.) y los ejemplares del libro de Isaías que se encontraron en las cuevas de Qumran (escritos cerca del 100 a. C.).¹ «Asombra el hecho de que», escribió el profesor Millar Burrows de la Yale University, «a lo largo de unos mil años, el texto sufriera tan mínima alteración».² La «importancia capital» de los rollos del Mar Muerto, escribió Burrows, reside en que provee fundamento a la fidelidad del texto tradicional. Las diferencias que se encontraron, «no tienen la suficiente frecuencia para justificar que tomen el lugar para las traducciones».³ Además, cuando se consideran las diferencias, «no hay nada [en los rollos] que cambie nuestro entendimiento de las enseñanzas religiosas de la Biblia».⁴

A otro profesor de Yale le impresionó la integridad de todos los textos bíblicos, tal como lo confirma la Arqueología. Escribió: «En relación con lo que Amós, Isaías, Jesús o Pablo creyeron y enseñaron, nuestro conocimiento no ha sido aumentado ni alterado por ninguno de los manuscritos descubiertos».⁵ Es lamentable que algunas personas, en cuyo corazón no se ha plantado la fe bíblica, aparentemente se deleitan en buscar defectos en el libro que mayor bien que cualquier otro ha hecho a la humanidad.

En relación con esto, algunos han dedicado muchas horas a examinar los rollos del Mar Muerto, con la esperanza de encontrar algo que ponga en vergüenza a los creyentes en la Biblia. El extremo de tal actitud se observa en un informe de prensa británico que dice que los descubrimientos de Qumrán prueban de modo conclusivo que Jesús jamás existió.⁶ Cuando uno se da cuenta de que los rollos fueron escritos cerca de cien años antes que Jesús naciera, y que, por lo tanto, no podrían haberlo mencionado (excepto en profecía), uno ve cómo los incrédulos abarcan cielo y tierra para encontrar imperfecciones, y también ve la falta de pruebas del lado de ellos.

¹ F. F. Bruce, *Second Thoughts on the Dead Sea Scrolls (Nuevas reflexiones sobre los rollos del Mar Muerto)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1961), 17.

² Millar Burrows, *The Dead Sea Scrolls (Los rollos del Mar Muerto)* (New York: Viking Press, 1955), 304.

³ *Ibíd.*, 348.

⁴ *Ibíd.*, 320.

⁵ Joseph P. Free, *Archaeology and Bible History (Arqueología e Historia Bíblica)* (Wheaton, Ill.: Van Kampen Press, 1950), 156–57.

⁶ Bruce, 138. El artículo fue publicado en *Komsomolskaya Pravda* en 1958.